

V

Esta fué mi conversación con la condesa de Blangy. He intentado explicar todos los matices y referir todos sus detalles.

Desgraciadamente no me chocaron como más tarde. No concedí á estos consejos, dados en un momento de mansedumbre, que debía agradecer, toda la verdadera importancia que tenían, persistí en creerlos interesados, suponiendo que la condesa, celosa del afecto de la señorita Giraud, quería, por egoísmo, retardar todo lo posible el casamiento de su amiga.

Yo hubiera renunciado, sin embargo mi duda á mis proyectos y olvidado á mi linda vecina de los Campos Eliseos, si la casualidad no se hubiese complacido en ponerme de nuevo en mi camino.

Una semana después de mi visita á casa de la señora de Blangy, ví á la señorita Giraud en un palco de la Opera, en compañía de su madre y de un señor de unos cincuenta años, á quien reconocí como á un antiguo amigo de mi familia.

La incomparable hermosura de la amiga de la condesa se me presentó aquella vez bajo un aspecto distinto. Las luces daban á su tez una tersura maravillosa, sus grandes ojos negros centelleaban; á través de sus labios purpúreos aparecían sus dientes de una blancura incomparable y su corpiño medio descotado dejaba entrever un pecho y unos hombros maravillosos. Situado junto á la orquesta y como mecido por la música de *Lucta*, no cesaba de admirar todas sus perfecciones.

aquella noche se decidió mi suerte.

Dicho sea entre nosotros, querido amigo, merecía yo en parte ese epíteto de anacoreta con que me había honrado la señora de Blangy. Mi vida, siempre en actividad desde los diez y nueve á los veinticinco años, me alejó continuamente de los placeres parisienses y en Egipto las aventuras é intrigas amorosas son muy raras.

Tenia deseos de libar ciertas copas, de vivir después de haber vegetado, de sentir emociones violentas, y la señorita Giraud me parecía la única para procurármelas.

En fin, ya lo habréis comprendido, era yo, y soy quizá aún, lo que se llama un cándido. No se obtienen impunemente dos premios en grandes concursos, el premio de honor en retórica y el tercer lugar en la Escuela politécnica.

Tales éxitos, debía pagarlos tarde ó temprano. Las cualidades intelectuales demasiado ejercitadas, atrofian muchas veces la imaginación, esta es necesaria para afrontar ciertas desgracias y para ver los peligros. En una palabra, sed todo lo honrado que queráis, pero estad al corriente de todos los defectos humanos á fin de tenerlos siempre presente y desconfiar de ellos.

Tened físicamente el respeto de la propia personalidad mas no temáis que vuestra imaginación pueda extraviarse cuando trate de juzgar á los demás. No había reflexionado lo bastante acerca de tan excelentes preceptos, y la señora de Blangy adivinó lo que era en realidad, cuando dándome permiso para retirarme me dijo:

«Después de todo, sois el marido que conviene á Paula.»

Ya os dije que un antiguo amigo de mi familia acompañaba á las señoras Giraud el día que las encontré en la Opera.

Me apresuré á irle á buscar en el salón de descanso durante un entreacto, y comencé á hablarle de aquello que ejercía ya gran imperio sobre mí.

Fui á parar á mal sitio, porque mi amigo no dejó de elogiar á la señorita Paula, á la que había visto nacer y desarrollarse. Era, según decía, encantadora, adorable; tenía todas las perfecciones; dichoso aquel que se casara con ella: era una mujer completa.

El señor de Arnoux, tal era el nombre del entusiasta, creía de buena fe, estoy persuadido de ello, todo lo que me decía. Era, además, eco de toda la opinión pública. Gracias á nuestras costumbres se está obligado á juzgar á las jóvenes por las apariencias, y ordinariamente estas son favorables. Una sola persona, y aún, puede ilustrar acerca de ese punto, y esa persona es la amiga íntima. Yo había tenido la suerte de conocer á la de la señorita Giraud; que se prestó á darme excelentes consejos que yo no seguí. Merecía mi suerte.

El señor de Arnoux no tardó en apercibirse de la atención con que yo escuchaba sus informes, y adivinando la causa, me interrogó sobre los proyectos de lo porvenir, y como por mi tenía tanto interés como por la señorita Paula, me propuso presentarme á la familia. Cometí la imprudencia de aceptar.—«Quiero juzgar por mi mismo:—dije—quiero saber quien tiene razón, si el señor de Arnoux, que es un hombre respetable, casi anciano, ó la señora de Blangy una mujer ligera de cascos. Si en la señorita Giraud descubro defectos peligrosos para mi reposo, siempre será tiempo de renunciar á mis proyectos.»

Este razonamiento es de los más absurdos: el hombre enamorado, como yo comenzaba á estarlo, no ve ningún defecto; si, lo que es imposible, saltan á sus ojos, los disimula, los atenua y si no tiene medios para disimularlos, los convierte... en virtudes.

A los tres días de mi encuentro en la Opera, me presente en la habitación ocupada por la familia Giraud, en la misma calle que la de la señora de Blangy.

Pasaré en silencio los detalles de esta primera visita y de las que siguieron. El señor Giraud me acogió desde los

primeros días con gran cordialidad. Sus modales francos y abiertos, parecían decir:—Antes de recibiros en mi casa, he pedido informes y son excelentes. Me alegro de que penséis en mi hija; procurad agradarla, y yo daré á vuestro enlace mi más solícito consentimiento. La señora Giraud, se mostró desde luego más reservada. Puede ser que no participase de las esperanzas que su marido fundaba en mí, ó tal vez, sufriendo siempre los defectos de carácter de Paula, temería que me produjeran mala impresión.

Más tarde, sin embargo, cuando vió que yo me prendaba cada día más de su hija, y que sus defectos no parecían molestarme, rompióse el hielo y la pobre señora me tomó verdadero cariño.

En cuanto á Paula, nunca podré acusarla de haberse mostrado coqueta conmigo, ni de impulsarme al matrimonio con zalamerías. Me mostró desde el principio una indiferencia que no abandonó todo el tiempo que la hice la corte.

Pero, sin pasar por muy inocente, podía yo equivocarme acerca de la naturaleza de sentimientos que inspiraba. Lo que se ha dado en llamar frialdad en las jóvenes no es, con frecuencia, más que reserva y timidez. Muchos se alegran de esta frialdad y aún los menos infatuados con su persona se prometen á sí propios representar con sus futuras, el día que se casen, el papel de Pigmaleon con Galatea. Tal papel debía de ser seductor con la persona que intenté describiros, y todo parecía indicar que bastaría un soplo para animar tan admirable estatua.

Para terminar, á las seis semanas de mi presentación á la familia Giraud, el señor de Arnoux se encargó de pedir oficialmente para mí la mano de la señorita Paula.

Su padre no pudo ocultar su alegría, y su madre me besó llorando, y, consultada la hija, respondió que haría lo que su familia quisiese.

En cuanto á la señora de Blangy, á la que viera casi to-

dos los días en casa de los señores Giraud, pero que jamás había aludido á nuestra larga entrevista, aprovechóse de un momento en que nos dejaron solos la noche de la petición matrimonial, para decirme:

—¡Decididamente, querido, sois un imbécil!

Lejos de incomodarme por tan impertinente salida, echeme á reír porque tradujo así las palabras de la condesa:—Me irrita que os caseis con mi amiga; os la lleváis, y ya no sabré que hacer de mi tiempo, y de mi cariño.

Aceptado oficialmente, faltaba solo dejar pasar los días necesarios para cumplir las formalidades legales.

Os daré estrecha cuenta, querido amigo, de la situación en que me encuentro. No pretendo que sea muy triste, ni que os enternezcais con mi suerte; pero, historiador fiel, debo comunicaros hasta los más pequeños detalles de mis tribulaciones.

Los últimos días que preceden al casamiento producen en el sistema nervioso una verdadera sobreexcitación. ¡Hay tantas pequeñeces; tiene uno que ocuparse de tantas cosas!

Un amigo os despierta para dirigiros un cumplido... de pésame; una antigua querida os envía cuatro páginas de epigramas fingiendo que confunde vuestro casamiento con vuestro funeral y manifiesta que se propone, por más que no la hayan invitado, asistir á tan triste ceremonia. Los bazares más en boga os mandan sus prospectos para que les encarguéis la canastilla de boda y un vendedor de chales de Cachemira se presenta en vuestro domicilio para ofreceros sus exóticos productos. Las vendedoras del mercado os envían un ramo y el director de una agencia de nodrizas, sí, amigo mío, de una agencia de nodrizas, no se descuida y á su vez os escribe pidiéndoos que le tengáis presente para cuando llegue el momento oportuno.

Hay que darle prisa al tapicero, que no ha mandado aún los muebles de la cámara nupcial; hacer las indispensables visitas, encargar que lleven el imprescindible y dia-

rio ramo y los obligados carruajes; ir á casa del sastre, á la alcaldía, rogar al párroco que se digne decir la misa y pedirle que dirija la oportuna plática, para que la gente sepa que se goza de cierta consideración entre el clero de la parroquia. En fin, someterse á confesarse, que es, os lo aseguro, grave negocio, cuando no se tiene la costumbre de hacerlo y, por último, cuando se está verdaderamente enamorado de la que ha de ser su mujer, y ve acercarse el día deseado, la sangre circula con más rapidez, el corazón late más deprisa, y hasta á veces, le acomete á uno ligero escalofrío de fiebre; y el gran día, el de la ceremonia, no es tampoco el que os devuelve la calma y el descanso. Generalmente se duerme mal la víspera, porque se ha de pensar en un sin fin de cosas; hay que levantarse al amanecer; ocuparse de mil detalles más ó menos nimios; y exasperarse pensando que se pone uno de punta en blanco, á la hora en que aún reposa el París elegante. Se dicen pestes del cochero que tarda; se va luego precipitadamente á visitar á la suegra, que se figura debe aparentar que se enternece, mientras su marido os abraza y os dice:

—¡Hacedla feliz!

Llegáis á la iglesia, en la que los convidados os esperan con impaciencia desde hace una hora; os cruzáis con un entierro que abandona la nave, y luego, delante del altar, os ocurren varias peripecias y cometéis varias torpezas. Se sienta uno cuando debía levantarse y viceversa; se responde al cura un *si* por un *no*; dejais caer al suelo el anillo nupcial, y, el amigo que sostiene las arras, os envía mentalmente al demonio. Acabada la misa, trescientas personas se precipitan á la sacristía, en donde el clero parroquial—doce en junto—apenas si puede moverse en tiempo ordinario. Os aprietan, os estrujan; la sangre se os sube á la cabeza, os asfixiais, y sentís perder la hermosa ocasión en que os hubiera convenido hacer ver que sois un buen mozo. En fin, salís de aquel infierno en miniatura, para

ser asaltado por una turba de mendigos que os venden sus bendiciones á cincuenta céntimos la pieza.

La jornada termina con alguna fiesta de familia, de la cual es imposible prescindir, á menos de tener bastante talento para robar á su mujer, al salir de la iglesia. Solo que estos raptos, tan de moda en estos últimos tiempos, no siempre son hacederos y pueden oponerse á ello mil razones. Pasais la velada en medio de una familia desconocida, venida de los cuatro puntos cardinales de París y quizás de Francia, solamente para honraros. Hay que sonreír á uno, aguantar las andanadas de cumplimientos de todos, estrechar todas las manos, y besar hasta las caras más llenas de arrugas.

Pertenece uno á todo el mundo, menos á su mujer. Por fortuna, suena el toque de retirada; se olvidan todas las tribulaciones, los enojos pasados, la fatiga que os postra, porque la dicha os espera en vuestro nuevo hogar; corréis, llegáis ante la cámara nupcial y... ¡ay de mí! la puerta está cerrada...

VI

—¡Y bien!—me diréis—al final de un día tan aprovechado, no puedo compadeceros porque os brindan con el descanso. Sois joven, lo es vuestra mujer; estais casados para toda la vida, y ya tendréis ocasión para desquitáros de esta noche. Idos, pues, sin más recriminaciones, á dormir por vuestro lado, esto es lo mejor que podeis hacer.

Habláis, amigo mío, sin conocimiento de causa. ¿Qué

me acueste en cualquier cama? ¿Creeis que en mi nueva casa sobran las alcobas y las camas? No, querido. Después de haber pensado con mucha madurez en el asunto y leído atentamente la *Fisiología del Matrimonio*, llegué á ponerme de acuerdo con Balzac. Estoy saturado,—digámoslo así—de ciertas ideas del gran doctor en *artes y ciencias conyugales*, como él se titula. Permitidme que os trascriba las que aún están grabados en mi mente.

«El lecho nupcial es un medio de defensa para el marido.»

«Solamente en el lecho puede éste conocer si el amor crece ó mengua, el lecho es el barómetro conyugal.»

«Puede que en Europa, no existan cien maridos, en cada nación, que conozcan bien la ciencia del matrimonio ó de la vida, si se quiere, para vivir en habitación separada de la de su mujer, pero todos, en mayor ó menor grado, vencerán las dificultades de un solo lecho.»

Me había aferrado á esta opinión tan claramente formulada por uno de los más grandes genios de la época, la sola cama que había en mis habitaciones, la ocupaba Paula; debí pues resignarme, mal de mi grado, á echarme, vestido como estaba, en el sofá de mi despacho.

Creo, amigo mío, que no os causará extrañeza, si os confieso que, á pesar de las fatigas del día, no pude pegar los ojos. Al principio, y en distintas ocasiones, me levanté si es que pueda llamarlo así, pensando, que quizás mi mujer, arrepentida de su rigor hubiese descorrido el cerrojo. ¡Pensamiento vano y trabajo inútil! La puerta seguía tan cerrada como antes. Después de cada una de estas infructuosas tentativas, me echaba de nuevo sobre el sofá, y el sueño no acudía. No porque exagerase la situación, pero no pude por menos de preocuparme buscando las causas de la conducta, cuando menos original, de mi querida Paula.

—El cerrojo—me dije—puede que se haya corrido al empujar yo la puerta. Pero no... me hubieran al menos

respondido cuando llamé. Fatigada, emocionada, sin duda, ha querido quedarse á solas esta primera noche. Si es esto; tiene muy poca confianza en la delicadeza de mis sentimientos; la hubiera comprendido con media palabra y retirádome...; solamente que la hubiera pedido un colchón pues tiene tres, mientras que yo...—Desde luego comprenderéis cuales son los comentarios que yo pude hacer durante mi larga velada y os agradeceré que os los calléis.

Hacia las ocho de la mañana, cuando oí que en casa empezaban los criados á andar de un lado para otro, tomé el partido de abandonar el virginal sofá, en el que no me hubiese gustado en manera alguna ser sorprendido conmigo mismo, y pasé al tocador para reparar un tanto los estragos del insomnio. Momentos después llamé á la doncella y, afectando salir de la alcoba nupcial, y hablarla en nombre de mi mujer, la dí algunas órdenes.

En el comedor, á la hora del almuerzo, me reuní con la señorita Giraud.

No os extrañará que la siga dando el apellido y tratamiento de soltera.

Se me acercó sin demostrar apresuramiento ni frialdad y me tendió la mano, del mismo modo que se le tiende á un compañero á quien se tiene placer en volver á ver.

Su tocado matinal, le sentaba muy bien. Jamás la había visto tan fresca, tan encantadora y serena. Con menos no lo habrían estado otras tanto. Habló con talento y alegría, como la que está decidida á animar el hogar, y á él alegría y sonrisas.

Jamás se hubiera dicho que era una recién casada, al verla tan dueña de sus acciones; dando con dulzura sus órdenes á los criados, haciendo sensatas advertencias empuñando ya en sus manos las retendas de la casa, pero sin afectación y sin gritar; con soberana gracia mientras que yo escuchaba, veía y admiraba.

Tenía yo demasiado tacto para hacer alusión alguna á

la manera especial como había pasado la noche. Me contenté con decirle sonriendo:

—¿Sin duda estaríais muy fatigada ayer noche, querida Paula?

—¡Oh, muy fatigada!—me contestó—Pero, he dormido admirablemente y me repuse por completo.

Estas palabras, que parecían encerrar una explicación y una promesa; me satisficieron y acabaron de devolverme mi buen humor.

Hacia las tres de la tarde, anunciaron á la condesa de Blaugy. Entró impetuosamente—según su costumbre,—abrazó á Paula y me dió la mano.

—Ya lo veis—me dijo—no puedo pasar sin mi amiga; necesitais adquirir la costumbre de soportarme.

—Costumbre fácil de adquirir,—respondí yo inclinándome.

—¡Oh!—añadió la condesa—á pesar de vuestra amabilidad, no quiero hacerme ilusiones. Os estorbaré alguna vez que otra; pero estoy decidida á hacerme la desentendida, y me presento indiscretamente, este primer día contra todas las reglas sociales, porque quiero que os acostumbreis á toda prisa, á mi franqueza y á mis inoportunas visitas.

—Siempre seréis bien venida, condesa,—la respondí.

—Enhorabuena! Lo que decís es galante; un marido siempre tiene interés en tratar con miramiento á la amiga íntima de una mujer, ¿no es así?

—Dejemos, señora, á un lado el interés, y no hablemos más que de la satisfacción.

—Esta es una galantería que hace que crezcáis á mis ojos y, tened cuidado, porque llegaréis á adquirir proporciones gigantescas. ¡A propósito! ¿Sois celoso?

—No lo sé aún y creo que eso dependerá...

—¿Tendríais, por ejemplo, celos si viérais que Paula me confiara sus secretillos de recién casada del mismo modo que, en otros tiempos, me revelara los de muchacha?

29737

—Hé ahí, condesa, una pregunta que aún no me hice.
—Pues bien, llegó la ocasión de interrogaros. Me marcho con vuestra esposa á su cuarto, cerraremos la puerta y os prevengo que no haremos más que hablar de vos. Si resistís á esta prueba señal es de que sois de buena madera.

—Veamos, si, efectivamente, soy de buena ó mala.

Y, como si no esperara más que este permiso, la señora de Blangy cogió alegremente del talle á Paula, y las dos se alejaron echándose á reir.

Lejos de tener mala voluntad á la condesa porque se llevaba á Paula, me alegré mucho que se celebrase aquella entrevista, que yo había consentido. En algunas ocasiones pueden ser muy útiles á una joven los consejos de una mujer casada, y durante los insomnios de la noche anterior preguntéme más de una vez si Paula necesitaría ó no que la hiciesen algunas advertencias. Os revelare, por último, un detalle de los más profaicos; estaba rendido de cansancio y celebré tener una ocasión para poder dormir un poco.

Cuando una hora más tarde abrí los ojos ví que las dos amigas, que habían vuelto al salón, hablaban sentadas ante la chimenea. No se apercibieron de que me había despertado, y pude examinarlas con toda detención.

Era realmente seductor el contraste que ambas ofrecían y la belleza de la una hacía resaltar la de la otra, completándose, por así decirlo, porque, al lado de los ojos azules y del cabello rubio de la condesa de Blangy, tenían más brillo los negros ojazos de Paula; la naciente obesidad de la primera contribuía á que pareciese más delicado y esbelto el talle de la segunda. Tenían ambas verdadero encanto y alcanzaban la perfección más completa.

Creo, además, que nunca me parecieron, ni estuvieron, más hermosas que en aquel momento, en que en sus rostros se traslucía la dicha, y su tez, coloreada, sin duda, por el calor de la chimenea, estaba más encendida que una

hora antes y en el momento en que abandonarán el salón para irse al dormitorio á cambiar sus impresiones y confidencias.

Al hacer yo un ligero movimiento volvióse la condesa de Blangy, y me dijo:

—Supongo que, al menos, habréis dormido bien.

—Pero,...—empecé á decir un tanto confuso.

—Vamos, confesadlo, que por eso, no os tendremos ojoriza, sino todo lo contrario, pues así pudimos hablar con entera libertad;—añadió sonriendo y mirando á Paula.—Ahora os dejo solos, porque no quiero que me maldigáis; pero volveré muy pronto.

Nadie se presentó aquella noche para interrumpir mis conversaciones con Paula, que se mostró tan amable como por la mañana durante el almuerzo, hablándome de mil cosas y desflorando mil asuntos con un talento y un criterio tan acertado, que me produjeron verdadero asombro;

Habíame figurado casarme con una joven á la que tendría necesidad de desasnar, y me encontraba frente á frente de una mujer hecha y derecha, de talento, mordaz, pronta á la réplica, con sus ribetes de filósofa y tal vez con una imaginación un tanto licenciosa.

—Pero, decidme, amiga mía, ¿en dónde aprendisteis todo eso?—la pregunté.

—No aprendí nada,—me respondió sonriendo;—lo adquirí todo.

—Es necesario que estéis dotada de una gran imaginación.

—¡Oh! Sí, tengo bastante, quizás demasiada por desgracia mía y quizás por la vuestra.

—Cuando la imaginación está bien dirigida es fortuna y no desgracia.

—Sí, más es preciso que esté bien dirigida,—replicóme Paula suspirando.

—¿Cómo es,—pregunté,—que no desplegasteis antes todas esas deliciosas cualidades?

—Porque no soy coqueta,—me respondió.—Os aconsejé que no os casáseis conmigo y no debía hacer nada que me realizase á vuestros ojos. No me escuchásteis, afrontásteis el peligro. La desgracia es irreparable é intento desplegar mis encantos, como decís, con objeto de hacerme agradable, al menos... espiritualmente.

No fijé en aquellos momentos en la última palabra pronunciada ladinamente y con marcada intención. Toda la conversación debía haber, empero, llamádome la atención y hacerme meditar, pero id á meditar á las diez de la noche, al día de vuestro casamiento, y al lado de una mujer tan hermosa como la señorita Paula, y sobre todo, cuando el matrimonio aún estaba por consumar.

Al poco rato dejé de fijarme en lo que me decía, y no me ocupé más que de contemplarla y admirarla, hasta que de pronto, y perdiendo por completo la cabeza, la estreché entre mis brazos.

Se desasió con mucha dulzura y calma, sonríome con su más agradable sonrisa, llamó á su doncella y abandonó el salón.

Un cuarto de hora más tarde ví salir á la doncella del dormitorio y, á mi vez, me dirigí hacia la bienaventurada puerta que la vispera no había podido franquear y, seguro de que me estaban esperando, me limité á dar la vuelta al pomo.

UNIVERSIDAD DE NUEVA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTREY, MEXICO VII

Y la puerta no cedió.
Como la vispera estaba corrido el cerrojo.
Entonces, llamé y nadie me respondió.
Repetí con impaciencia y obtuve el mismo resultado.

Hablé, grité, supliqué, mas todo fué completamente inútil.

Védme pues, querido amigo, pidiendo como una gracia que se me permitiese entrar en mi cuarto. Por que era mío, sin duda, pues no tenía otro, é independientemente de mi amor, era de justicia que yo pudiese dormir, en fin, en una verdadera cama.

Mis nervios estaban de tal modo excitados, que, contra mi caracter generalmente calmoso y frío, estuve á punto de enfurecerme y golpear de tal modo la puerta, que no tuviesen más recurso que abrirla.

Me contuvo el miedo al ridículo; no quería enterar á los criados de mis infortunios conyugales. Me limité á apoyar silenciosamente el cuerpo sobre la puerta con todas mis fuerzas con la esperanza de que cedería.

Trabajo inútil; ni siquiera percibí el más ligero rechimiento; la obra de carpintería de mi casa era de excelente calidad y construcción, dicho sea en honor del casero.

¿Qué añadiré? Pasé esta segunda noche como la primera, excepción hecha, de que la fatiga venció en la lucha, y de cualquier modo, me dormí.

Me encontré al despertar, más sosegado de lo que hubiera creído, menos irritado con mi mujer y más dispuesto á excusarla. Después de haber reflexionado friamente sobre nuestro diálogo de la vispera, y, á pesar de ciertos detalles que me chocaran, creí, en conclusión, poder afirmar, que Paula, en lugar de ser una niña ingenua, ignorante de sus deberes, tenía, al contrario, ideas muy definidas acerca del matrimonio y pensaba, sin duda, que un marido debe tomarse el trabajo de conquistar á su mujer, y que era una prueba de delicadeza el que pareciese que aquél olvidaba sus derechos. En interés de nuestro amor, querría hacerse desear y entregásemme como amante antes de entregarse como esposa. Pareciéndola, en una palabra, algo injusto é ilógico el exigir que, en un día fijo, al salir del registro civil, una doncella, se eche en brazos de un

hombre, al que á penas conoce, y habría resuelto sustraerse á esta costumbre bárbara.

He aquí, amigo mío, los razonamientos que me forjé para explicar la conducta de Paula; únicamente me decía que mi mujer, debió dejarme adivinar su manera de pensar, y entonces, con conocimiento de causa, hubiese, cuando menos, arreglado de distinto modo mi casa y mandado poner otra cama en mi alcoba, en vista de mi prolongado celibato. Podía ser también que Paula no se diese cuenta de como pasaba yo las noches, y entonces era muy prudente darla siquiera una lijera idea de lo que era aquel sofá, muy estrecho y poco blando, convertido en mi lecho nupcial ó anti-nupcial.

—Este espectáculo—me decía—la tocará el corazón y la inspirará probablemente la buena idea de abreviar mi intolerable situación.

Después del almuerzo, reunidos otra vez, y mostrándonos los dos, como la víspera, de un humor admirable, la ofrecí el brazo y la propuse visitar nuestros dominios. Acedió de muy buena voluntad, y llevéla al tocador, donde hice que se fijase en que eran sillas los solos muebles de aquella habitación.

Contentóse con responderme, como una mujer económica y enemiga de excesos:

—Este mobiliario es suficiente por ahora.—Salidos del tocador fuimos á un gabinetito, contiguo al salón. Allí, hícela observar uno de esos divanes circulares, adornado con botones al resalte, que se colocan en medio de las habitaciones, y donde pueden sentarse muchas personas, pero volviéndose la espalda, y díjele como de pasada:

—Ved un mueble elegante, de moda, pero que para dormir resultaría incómodo.

—Sí;—respondíome sonriendo maliciosamente—sería preciso acostarse rodeando el respaldo, y, esto es molesto.

Luego la hice penetrar en mi despacho, y, reanudando la conversación:

—Aquí,—la dije—ni siquiera es posible acostarse en redondo; ved; no hay diván, ni sofá...

—¿Y por qué?—me preguntó.

—Por la sencilla razón de que jamás me figuré acostarme en mi despacho y creí suficiente amueblar convenientemente las habitaciones en que debíamos hacer vida en común.

—Hicisteis mal, porque,—replicóme,—el despacho de un hombre casado, debe ser confortable y elegante. Los clientes, las visitas de cumplido, y hasta los amigos de la casa, que sean recibidos en esta habitación, deben formarse por ella, una idea del resto de la casa. Yo os aconsejaría que adquiriéseis uno de esos muebles que he visto en algunas tiendas, los cuales, siendo diván de día, se transforman, por la noche en cómoda cama.

Mirela y sostuvo mi mirada sin bajar los ojos.

—Seguiré vuestro consejo, querida Paula. Voy á salir, para comprar hoy mismo, el mueble que indicais; por que ya veis, me es preciso, ¿dónde creéis que duermo desde hace dos noches?

—Pensaba, que dormíais aquí, en esta pieza; pero, la creía más bien acondicionada,—me respondió sin conmoverse lo más mínimo por mi brusca pregunta.

Esta frase me hirió y repliqué con bastante viveza:

—¿Tenéis, pues idea de encerraros cada noche?

—¡Oh!—dijo con dulce voz, apoyándose en mi brazo para volver al salón,—en lugar de preguntarme acerca de mis proyectos, seríais más amable adivinándolos.

Estas palabras vinieron á justificar mis suposiciones de la mañana. No me las había con una inocente ó colegiala, sino con una joven sumamente experimentada.

¿En donde había adquirido esa experiencia, esa ciencia de la vida, y esa coquetería que consistía en dejar en suspenso mis vehementes deseos? Quizás su madre la ha-

bría dicho: Si quieres ser amada durante mucho tiempo, hazte desear. Lo que de ordinario mata el amor en el matrimonio, es la facilidad de relaciones; buscando su dicha le es permitido á la muger casada, conducirse en su hogar, como una querida inteligente.

Pero no; la madre de Paula era demasiado buena muger y á más muy sencilla para dar semejantes consejos y, por lo tanto, en su tiempo, había debido tomar el matrimonio á la letra y cumplir sin discusión ni razonamientos, sus deberes y obligaciones. Únicamente podía ser la señora de Blangy, la que queriendo hacer partícipe á Paula de su esperiencia de muger casada, se atrevió á trazarla una línea de conducta.

Y bien, querido amigo, ¿querreis creerlo? no me irritaba entonces aquella influencia ejercida sobre mi muger: mi estimación por la condesa, estimación que le tenía toda la buena sociedad, me ponía al abrigo de todo temor, y, además, ese quijotismo, que conoceis en mí, no permitió admirar, que una muger bien nacida, tal como lo era la condesa de Blangy, tuviese interés en pervertir, con perniciosos consejos, la pureza de una joven.

Además, lo confieso con sinceridad, aquella ciencia de la vida que descubriera en Paula, las resistencias opuestas á mis naturales deseos, lejos de asustarme, tenían para mí algun atractivo. La suma inocencia, lo sabeis perfectamente, solo es atractiva para los corrompidos ó los viejos. Los que, como yo, aun no han envejecido, se dejan en su mayor parte seducir por estos manejos de habil coqueteria; y no les asusta el encontrar una muger con un poco de imaginación y picardía, y cuando pensamos en el matrimonio, no nos es difícil contraerlo con una viuda. Así pues, me felicitaba al ver en Paula las incontestables ventajas de la virgen, reunidas á cierta precóz esperiencia, debida á inteligentes consejos ó una intuición particular de la vida.

Esta posición de pretendiente, impuesta á un marido, tenía también mucho de orijinal y aguzó mi imaginación,

que, os lo confieso, había dormitado un tanto hasta ese día. Creo que si hubiera caído en manos de una joven vulgar, hubiese hecho, dado mi caracter, mi temperamento frio y cierta dosis de apatía propia de mi carácter, uno de los maridos más prosaicos y más burgueses.

Con Paula, al contrario, todo mi ser se despertó y abandonó poco á poco el letargo de los sentidos producido en mí, sin duda, por los escesivos trabajos intelectuales, á que me dediqué desde la infancia. Mi inteligencia siempre ocupada, mi espíritu siempre en tensión por estudios excesivamente abstractos, no habían dejado tiempo para que hablase el corazón que latía entonces por primera vez quizás, y yo estaba orgulloso al sentir sus latidos.

Iba, en fin á vivir, y al realizar un sueño encantador; estar enamorado de mi muger, tener una amante legítima, unir la fantasía y la razón, y, á reemplazar por una ardiente pasión, el amor que, á no estar Paula de por medio, hubiera degenerado en dulce costumbre tranquila y hasta insípida.

Con esta esplicación, no extrañaréis pues, que transformáse con la mayor solicitud, mi despacho en alcoba. Dispúsela lo mejor posible para el alojamiento que en él me imponían, pero estaba dispuesto á usar de todas las seducciones de que la naturaleza podía haberme dotado, para abreviar aquella prueba.

VIII

Transcurrieron quince días, durante los cuales fui un modelo de paciencia, de discreción y de delicadeza. No exigía nada, ni pedía nada, ni dirigía ningun ruego directo.

Al vérsese tan platónico y reservado en mis relaciones con Paula, se hubiera podido creer que no habíamos pasado por la alcaldía, ni ante el clero de nuestra parroquia después de publicarse las correspondientes amonestaciones.

Hacia á mi mujer una corte de las más asiduas, pero sin permitirme jamás la mas lijera alusión á las esperanzas, que reconoceréis, querido amigo, tenía bastante derecho para concebir. Su reserva, por otra parte, igualaba á la mía, y, si es verdad que yo me impuse el deber de no pedir nada, debo confesar que ella, no ofrecía nada tampoco. No había yo adelantado pues ni un paso; creo, por el contrario, que iba perdiendo terreno.

Pensando en esto una mañana, y cuando me hallaba aún en mi cama de soltero, díjeme que una vez que la discreción no producía buenos resultados, sería tiempo para ensayar otros medios.

Si por casualidad, querido amigo, os extraña el ver que mi paciencia se acababa, os rogaré que os pongáis por un momento en mi lugar. Pero tranquilizaos, que no os dejaré mucho tiempo en él, puesto que jamás me hicisteis ningún daño, ni tengo que vengarme de vos.

Veos pues, al lado de una mujer adorable, seductora bajo todos los puntos de vista y deseable como ninguna; estáis todo el día y á todas horas en continuo contacto con ella; os encanta, embriaga, enloquece... y cuando llega la noche... ¡ya sabéis el restol! ¿Qué pensáis de todo ello?

—Esta situación no es nueva,—me diréis quizás,—muchos se han hallado en casos casi análogos; se le hace el amor á una mujer durante muchas semanas y á veces hasta meses, sin obtener de ella por cualquier motivo, la merecida recompensa.—Estamos conformes, convengo en ello, pero la mujer á quien hacéis el amor, no es vuestra; en alguna ocasión lo es de otro; y razones poderosas pueden obligarla á retardar el momento de la caída deteniéndola al borde del abismo, mil temores, mil terrores ó es-

crúpulos de todo género y, si sus negativas y sus resistencias os ponen en un potro, al menos tenéis motivos para admitirlo todo y lógica para comprenderlo y hasta disculparlo.

Pero en el caso presente, os ruego que busquéis razones suficientes para esplicar tan larga y exajerada resistencia. ¿Dónde estaban el miedo, los terrores y los escrúpulos? Por último: ¿dónde se encontraba el abismo?

Ni yo mismo sé porque pretendo convencerlos; sois partidario de mi causa, estoy persuadido de ello, y lo sois aun antes de oír mi defensa; y si os causo admiración debe ser por mi inalterable paciencia, que ya habréis calificado, estoy seguro, de debilidad ó inocente timidez.

Pues bien, á partir de mi décima sexta noche de boda, fuí perdiéndola un poco y cada día un poco más. Bajo el imperio de una continua irritación, fué agriándose mi carácter, y yo, que creí largo tiempo carecer de nervios, padecí entonces una infinidad de sufrimientos nerviosos de los más crueles.

Este estado enfermizo no podía durar y puesto que no se hacía nada para adelantarse á mis deseos, me decidí á formularlos.

—¿Ya?—dijo ella sonriendo.

¡Ah! En la disposición de ánimo en que yo me hallaba, creo que, con un poco más, la estrangulo al oír aquella palabra.

¿Ya? ¿Pero no comprendía nada aquella mujer? ¿Es que no tenía ni corazón ni sentidos? ¡Creía haberme casado con un ser animado, y lo había hecho con una estatua!

Me contuve é intenté enternecerla, convencerla. Píntele con elocuencia el amor que por ella sentía; contele mis sufrimientos morales, el malestar físico que tanto me hacía padecer, y de que ella era la sola causa, y la supliqué que me tuviese compasión porque humanamente no podía resistir más.

Escuchome con mucha atención y pareció emocionarla

lo que oía; pero al rogarle que me dijese algo, guardó silencio.

¡Ah, amigo mío; hay silencios que hacen sufrir de una manera horrorosa!

—¡Hablad,—imploré,—hablad; decid lo que queráis, pero hablad, os lo suplico!

—No tengo nada que decir,—respondióme.

—Esplicadme vuestras resistencias y vacilaciones. Me comprometo á aceptar como buenas todas vuestras razones, pero dadme una, una sola, por caridad.

Tampoco respondió.

Entonces, furioso, abandoné bruscamente el sofá en el que me hallaba sentado á su lado, y fui á buscar mi sombrero para marcharme. Estaba de tal modo excitado ante aquel obstinado silencio, y todo mi sistema nervioso había llegado á tal grado de irritación, que temí entregarme á cualquier arrebato si permanecía allí.

Si, una palabra viva se escapa facilmente, ó un gesto demasiado brusco se hace sin pensar, y las mujeres saben, con gran destreza, sacar partido de semejantes vivacidades. No confiesan jamás que tienen la culpa, ni que os llevaron á tal extremo y que cometen la primera falta. Olvidan á maravilla las frases agrias que os lanzan, sus intencionadas reticencias y los mil alfilerazos que os clavan en el corazón; pero se acuerdan toda la vida de la última y más insignificante frase que se escape de nuestros labios, del gesto algo significativo que nos hemos permitido, para convertirlo en un arma terrible contra nosotros.

—¡Sois un hombre brutal!—dicen en un caso de esos.—
¡Todo ha concluido entre nosotros!

No quería exponerme, como comprenderéis, á que mi mujer pudiese decirme: «Todo ha concluido», cuando nada había empezado; pero ante el temor de no poderme contener, di algunos pasos hacia la puerta.

Pero luego, retrocediendo de pronto:

—Escuchad,—la dije;—no queréis contestarme ahora á

lo que os preguntaba, sea. No hablemos más. Solo os pido una cosa: que me digáis cuando cesará la prueba á que me sometisteis, y os juro por mi honor que aguardaré ese momento, sin quejarme, por lejano que esté. Pero fijadme una fecha; no me tengáis en esta incertidumbre en que vivo, y que irrita y me mata. Tened compasión de mí, porque no os ofendí nunca, y os amo y os deseo ardientemente. ¿Es esta una falta á vuestros ojos? ¿Es acaso un crimen que debo expiar? Vamos, sed buena; dejaos vencer por mis súplicas... ¡por mis lágrimas, sí, por mis lágrimas! ¡Vedlo; lloro como un niño! ¡Esto es más fuerte que yo... sufro tanto!

Quizás, á punto de dejarse conmover, separó con dulzura mis manos que intentaban asirla, se puso en pié, y dejándose clavado en la silla con una mirada, en la que yo creí leer una amenaza que me hizo temblar, se retiró á su habitación.

En el mismo instante oí un ruido que me era muy conocido: el del cerrojo al correrse.

Al llegar á este punto me interrumpis, querido amigo, para decirme:

—¡Pero, desgraciado! ¿por qué no arrancáis ese cerrojo que tanto os fastidia y estorba? ¿No estáis en vuestra casa?

Esperad: ese pensamiento que se os ocurrió, debía ocurrirseme á mí también. Había pensado ya que tenía que llevar á cabo un acto autoritario. Mis ruegos, mis solicitudes y mis lágrimas, desde el momento en que eran inútiles, debían, lo sabía bien, rebajarme á los ojos de Paula. Las mujeres, en tesis general, no aman á los hombres que se humillan y las suplican. Los ruegos sólo hacen efecto, cuando están de acuerdo con sus secretos deseos.

Pueden entregarse, quizás, por bondad de alma; pero no aman nunca por caridad. La mendicidad está prohibida en la provincia del amor.